

La vida en la sangre

“Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. 1—es decir, el que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él” (Juan 6:5-6).

“La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?”—1 Cor. 10:16.

El tema que se nos presenta en estas palabras es el de beber la sangre del Señor Jesús. Así como el agua tiene un doble efecto, lo mismo sucede con esta sangre santa.

Cuando se usa el agua para lavar, limpia, pero si la bebemos, nos refrescamos y revivimos. Aquel que desee conocer todo el poder de la sangre de Jesús debe ser enseñado por Él cuál es la bendición de beber la sangre. Todos saben la diferencia que hay entre lavar y beber. Es necesario y agradable usar el agua para limpiar, pero es mucho más necesario y vivificante beberla. Sin su limpieza no es posible vivir como debemos; pero sin beber no podemos vivir en absoluto. Es solo bebiendo que disfrutamos del beneficio completo de su poder para sostener la vida.

Sin beber la sangre del Hijo de Dios, es decir, sin la más sincera apropiación de ella, no se puede obtener la vida.

Para muchos hay algo desagradable en la frase “beber la sangre del Hijo del hombre”, pero era aún más desagradable para los judíos, porque el uso de la sangre estaba prohibido por la ley de Moisés, bajo severas penas. Cuando Jesús habló de “beber su sangre”, naturalmente los molestó, pero fue una ofensa indecible a sus sentimientos religiosos. Nuestro Señor, podemos estar seguros, no habría usado la frase, si hubiera podido de otra manera explicarles, y a nosotros también, las verdades más profundas y gloriosas acerca de la salvación por la sangre.

Al procurar ser partícipes de la salvación de la que aquí se habla, como “*beber la sangre de nuestro Señor*”, esforcémonos por entender:

I. Qué es la bendición, que se describe como “beber la sangre”.

II. Cómo se obra en nosotros esta bendición

III. ¿Cuál debe ser nuestra actitud hacia ella?

I. ¿Qué es la bendición que se describe como “beber la sangre”?

Acabamos de ver que beber expresa una conexión mucho más íntima con el agua que lavarse, y por lo tanto produce un efecto más poderoso. Hay una bendición en la comunión con la sangre de Jesús que va mucho más allá de *la limpieza o la santificación* ; o más bien, podemos ver cuán amplio es el alcance de la influencia de la bendición indicada por esta frase.

La sangre no sólo debe hacer algo *por* nosotros, colocándonos en una nueva relación con Dios, sino que debe hacer algo **EN** nosotros, renovándonos enteramente por dentro. Es a esto que las palabras del Señor Jesús llaman nuestra atención cuando dice: “Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”. Nuestro Señor distingue dos clases de vida. Los judíos, allí, en su presencia, tenían una vida natural de cuerpo y alma. Muchos de ellos eran hombres devotos y bien intencionados, pero Él dijo que no tenían vida en ellos a menos que “comieran su carne y bebieran su sangre”. Necesitaban otra vida, una nueva, una vida celestial, que Él poseía y que podía impartir. Toda vida de las criaturas debe obtener alimento fuera de sí misma. La vida natural se alimentaba naturalmente, por pan y agua. La vida celestial debe ser alimentada por alimento y bebida celestiales, por Jesús mismo. “Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”. Nada menos debe llegar a ser nuestro que Su vida, la vida que Él, como Hijo del hombre, vivió en la tierra.

Nuestro Señor enfatizó esto aún más fuertemente en las palabras que siguen, en las que nuevamente explicó cuál es la naturaleza de esa vida: “El que come mi carne y *bebe mi sangre* , tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el día postrero”. La vida eterna es la vida de Dios. Nuestro Señor vino a la tierra, en primer lugar, para revelar esa vida eterna en la carne y luego para comunicarla a nosotros que estamos en la carne. En Él vemos la vida eterna morando en su poder divino, en un cuerpo de carne; que fue llevado al cielo. Él nos dice que aquellos que comen Su carne y beben Su sangre, que participan de Su cuerpo como su sustento, experimentarán también en sus propios cuerpos el poder de la vida eterna. “Yo lo resucitaré en el día postrero”. La maravilla de la vida eterna en Cristo es que era vida eterna en un cuerpo humano. Debemos ser participantes de ese cuerpo, no menos que en las actividades de Su Espíritu, entonces nuestro cuerpo, también, poseyendo esa vida, un día será resucitado de entre los muertos.

Nuestro Señor dijo: “Mi carne es verdadera comida y *mi sangre* es verdadera bebida”. La palabra traducida “verdaderamente” aquí es la misma que Él usó cuando pronunció Su parábola de la Vid Verdadera: “Yo soy la vid verdadera”, indicando así la diferencia entre lo que era sólo un símbolo y lo que es la verdad real. El alimento terrenal no es un alimento REAL, porque no imparte vida real. El único alimento verdadero es el cuerpo y la sangre del Señor Jesucristo, que imparte y sustenta la vida, y eso no de una manera meramente simbólica o vaga. No, esta palabra repetida

con tanta frecuencia indica que en un sentido pleno y real la carne y la sangre del Señor Jesús son el alimento por el cual la vida eterna se nutre y sustenta en nosotros: **“Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida”**.

Para señalar la realidad y el poder de este alimento, nuestro Señor añadió: **“El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él”**. El alimento de su carne y sangre produce la unión más perfecta con él. Ésta es la razón por la que su carne y su sangre tienen tal poder de vida eterna. Nuestro Señor declara aquí que quienes creen en él no sólo experimentarán ciertas influencias de él en sus corazones, sino que serán llevados a la unión más estrecha y duradera con él. **“ El que bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él ”**.

Ésta es, pues, la bendición de beber la sangre del Hijo del hombre: llegar a ser uno con Él, a ser partícipe de la naturaleza divina en Él. Cuán real es esta unión se puede ver en las palabras que siguen: **“Como yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí”**. Nada, excepto la unión que existe entre nuestro Señor y el Padre, puede servir como tipo de nuestra unión con Él. Así como en la naturaleza divina invisible las dos Personas son verdaderamente una, así también el hombre llega a ser uno con Jesús; la unión es tan real como la de la naturaleza divina, sólo que con esta diferencia: que, así como la naturaleza humana no puede existir separada del cuerpo, esta unión incluye también al cuerpo.

Nuestro Señor **“se preparó”** un cuerpo, en el que tomó un cuerpo humano. Este cuerpo se hizo, por el cuerpo y la sangre de Jesús, partícipe de la vida eterna, de la vida de nuestro Señor mismo. Quien desee recibir la plenitud de esta bendición debe tener cuidado de disfrutar de todo lo que la Escritura le ofrece en la santa y misteriosa expresión **“beber la sangre de Cristo”**.

Ahora intentaremos entender:

II. Cómo se obra en nosotros esta bendición: o qué es realmente “beber la sangre de Jesús”

La primera idea que aquí se presenta es que “beber” indica la apropiación profunda y verdadera en nuestro espíritu, por la fe, de todo lo que entendemos acerca del poder de la sangre.

A veces hablamos de “beber” las palabras de un orador, cuando nos entregamos de corazón a escucharlas y recibirlas. Así, cuando el corazón de alguien está lleno de un sentido de la preciosidad y el poder de la sangre; cuando con verdadero gozo se pierde en la contemplación de ella; cuando, con fe sincera, la toma para sí y busca convencerse en su ser interior del poder vivificante de esa sangre; entonces puede decirse con razón que “bebe la sangre de Jesús”. Toda esa fe le permite ver la *redención*, la *purificación*, la *santificación* por la sangre que absorbe en lo más profundo de su alma.

Hay una verdad profunda en esta representación, y nos da una demostración muy gloriosa de la manera en que se puede obtener la bendición plena por la sangre. Y, sin embargo, es cierto que nuestro Señor quiso decir algo más que esto al hacer uso tan repetidamente de la expresión acerca de “comer su carne y beber su sangre”. Lo que es esta verdad adicional se hace evidente por su institución de *la Cena del Señor*. Porque, aunque nuestro Salvador no trató realmente de esa Cena cuando enseñó en Capernaum, sin embargo habló sobre el tema del cual más tarde La Cena fue hecha la confirmación visible. En las Iglesias Reformadas hay dos aspectos de considerar la Santa Cena. Según uno que lleva el nombre del reformador Zwinglio, el pan y el vino en la Cena son simplemente señales o representaciones de una verdad espiritual, para enseñarnos que *así como, y tan seguro como*, el pan y el vino cuando se comen o se beben, nutren y reviven, así seguramente —y aún más seguramente— el cuerpo y la sangre reconocidos y apropiados por la fe, nutren y vivifican el alma.

Según la otra opinión, la de Calvino, en el acto de comer la Cena hay algo más que esto. Calvino enseña que, de una manera oculta e incomprensible, pero en realidad, nosotros, por medio del Espíritu Santo, somos tan nutridos por el cuerpo y la sangre de Jesús en Cristo, que incluso nuestro cuerpo, por el poder de Su cuerpo, se vuelve partícipe del poder de la vida eterna. Por eso relaciona la resurrección del cuerpo con el acto de comer el cuerpo de Cristo en la Cena. Escribe así: “La presencia corporal que exige el Sacramento es tal y ejerce tal poder aquí (en la Cena) que no sólo se convierte en la seguridad indudable de la vida eterna en nuestro espíritu, sino que también asegura la inmortalidad de la carne. Si alguien me pregunta cómo puede ser esto, no me avergüenzo de reconocer que es un misterio demasiado elevado para que mi espíritu lo comprenda o mis palabras lo expresen. Lo siento más de lo que puedo entenderlo”.

“Puede parecer increíble que la carne de Cristo haya llegado hasta nosotros desde tan inmensa distancia para convertirse en nuestro alimento. Pero debemos recordar hasta qué punto el poder del Espíritu Santo trasciende todos nuestros sentidos. Que la fe, pues, abarque lo que el entendimiento no puede captar, a saber: la sagrada comunicación de su carne y sangre por la que Cristo infunde su vida en nosotros, tal como si penetrara en nuestros huesos y médula.”

La comunión de la carne y de la sangre de Cristo es necesaria para todos los que desean heredar la vida eterna. El Apóstol dice: “La Iglesia... es su cuerpo” (Efesios 1:23); “Él es la cabeza, de quien todo el cuerpo, bien coordinado, produce crecimiento en el cuerpo” (Efesios 4:15, 16). Nuestros cuerpos son miembros de Cristo (2 Corintios 6:15, 106). Vemos que todo esto no puede suceder si Él no está unido a nosotros en cuerpo y espíritu. El Apóstol vuelve a hacer uso de una gloriosa expresión: “Somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos”. Luego exclama: “Grande es el misterio”. Por tanto, sería una locura no reconocer la comunión de los creyentes en el cuerpo y la sangre del Señor, una comunión que el Apóstol estimaba tan grande que se maravillaba de ella, en lugar de explicarla.

En la Cena hay algo más que el simple hecho de que el creyente se apropie de la obra redentora de Cristo. Esto se explica claramente en el Catecismo de Heidelberg en la pregunta 76: “¿Qué es, pues, comer el cuerpo crucificado de Cristo y beber su sangre derramada?” La respuesta es: “No es sólo abrazar con un corazón creyente todos los sufrimientos y la muerte de Cristo, y recibir así el perdón del pecado y la vida eterna; sino también, además de eso, llegar a estar cada vez más unidos a su cuerpo sagrado, por el Espíritu Santo que habita a la vez en Cristo y en nosotros; de modo que nosotros, aunque Cristo está en el cielo y nosotros en la tierra, somos, no obstante, carne de su carne y hueso de sus huesos; y vivimos y somos gobernados por siempre por un solo Espíritu”.

Los pensamientos que se expresan en esta enseñanza están en total acuerdo con las Escrituras.

En la creación del hombre, lo notable que lo distinguiría de los espíritus que Dios había creado previamente, y que haría del hombre la obra cumbre de la sabiduría y el poder de Dios, era que revelara la vida del espíritu y la gloria de Dios en un cuerpo formado del polvo. A través del cuerpo entraron al mundo la lujuria y el pecado. La redención completa tiene por objeto liberar el cuerpo y convertirlo en la morada de Dios. Sólo entonces la redención será perfecta y el propósito de Dios se cumplirá. Éste fue el propósito por el cual el Señor Jesús vino en la carne, y en Él habitó “toda la plenitud de la Deidad corporalmente”. Para ello llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero, y por Su muerte y resurrección liberó al cuerpo, así como al espíritu, del poder del pecado y de la muerte. Como primicias de esta redención, ahora somos un cuerpo, así como un Espíritu, con Él. Somos de Su cuerpo, de Su carne y de Sus huesos. Por eso, en la celebración de la Santa Cena, el Señor viene también al cuerpo y toma posesión de él. No sólo obra por medio de su Espíritu en

nuestro espíritu, de modo que nuestro cuerpo participe de la redención en la resurrección, sino que ya aquí el cuerpo es templo del Espíritu, y la santificación del alma y del espíritu progresará de manera más gloriosa en la medida en que la personalidad indivisa, incluido el cuerpo, que ejerce una influencia tan opuesta, participe en ella.

Así, en el Sacramento somos alimentados intencionalmente “por el cuerpo natural real y la sangre real de Cristo”—no siguiendo la enseñanza de Lutero, de que el cuerpo de Cristo está en el pan de tal manera que hasta un incrédulo come el cuerpo santo; sino de tal manera “real”, que la fe, de una manera secreta, por el Espíritu, recibe realmente *el Poder del cuerpo y la sangre naturales del cielo*, como el alimento por el cual el alma y el cuerpo se hacen partícipes de la vida eterna.

(NOTA: Las palabras entre comillas, “el cuerpo natural real y la sangre real de Cristo”, son citadas por el Dr. Murray de los Artículos de la Confesión de Fe de las Iglesias Reformadas de Holanda, pero el Dr. Murray no agregó las palabras que siguen inmediatamente, que declaran que “la manera en que participamos de lo mismo no es por la boca, sino por el Espíritu a través de la fe”. El Dr. Murray se mantuvo fiel a la Fe Reformada. Su propia opinión se expresa en la página 99 con las palabras citadas del Catecismo de Heidelberg.)

Todo lo que se ha dicho hasta ahora acerca de la Cena, debe tener su plena aplicación a “beber la sangre de Jesús”. Es un profundo misterio espiritual en el que se efectúa la unión más íntima y perfecta con Cristo. Tiene lugar cuando el alma, por medio del Espíritu Santo, se apropia plenamente de la comunión de la sangre de Cristo y se convierte en un verdadero participante de la misma disposición que Él reveló al derramar Su sangre. La sangre es el alma, la vida del cuerpo; donde el creyente, como un cuerpo con Cristo, desea morar perfectamente en Él, allí, por medio del Espíritu, de una manera sobrehumana y poderosa, la sangre apoyará y fortalecerá la vida celestial. La vida que fue derramada en la sangre, se convierte en su vida. La vida del viejo “yo” muere para dar lugar a la vida de Cristo en él. Al percibir cómo este beber es la participación más alta en la vida celestial del Señor, la fe tiene uno de sus oficios más elevados y gloriosos.

Queda por indagar:

III. ¿Cuál debe ser nuestra actitud ante esta bebida?

Amados hermanos, ya habéis oído que aquí se encuentra uno de los misterios más profundos de la vida de Dios en nosotros. Nos corresponde acercarnos con profunda reverencia mientras pedimos al Señor Jesús que nos enseñe y nos conceda lo que Él quiere decir con esto de “beber su sangre”.

Sólo quien anhela la unión plena con Jesús aprenderá correctamente lo que es beber la sangre de Jesús . “El que bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él”. El que se contenta con el perdón de sus pecados, el que no tiene sed de que se le haga beber abundantemente del amor de Jesús, el que no desea experimentar la redención del alma y del cuerpo, en su pleno poder, hasta tener verdaderamente en sí mismo la misma disposición que había en Jesús, tendrá sólo una pequeña parte en este “beber de la sangre”. El que, por otra parte, se propone como su principal objetivo lo que es también el objetivo de Jesús: “Permaneced en mí y yo en vosotros”; el que desea que el poder de la vida eterna actúe en su cuerpo, no se dejará asustar por la impresión de que estas palabras son demasiado elevadas o demasiado misteriosas. Anhela llegar a tener una mente celestial porque pertenece al cielo y va allí; por lo tanto, desea obtener su comida y bebida también del cielo. Sin sed, no hay bebida. El anhelo por Jesús y la comunión perfecta con Él es la sed que constituye la mejor preparación para ser obligado a beber la sangre.

El Espíritu Santo hará que el alma sedienta beba del refrigerio celestial de esta bebida que da vida. Ya hemos dicho que esta bebida es un misterio celestial. En el cielo, donde está Dios, el Juez de todos, y donde está Jesús, el Mediador del Nuevo Pacto, también está “la sangre rociada” (Hebreos 12:23, 24). Cuando el Espíritu Santo nos enseña, tomándonos, por así decirlo, de la mano, nos otorga más de lo que nuestro entendimiento meramente humano puede captar. Todos los pensamientos que podamos albergar acerca de la sangre o la vida de Jesús, acerca de nuestra participación en esa sangre, como miembros de su cuerpo, y acerca de la impartición a nosotros del poder vivificante de esa sangre, todos son sólo débiles rayos de la gloriosa realidad que Él, el Espíritu Santo, traerá a la existencia en nosotros mediante nuestra unión con Jesús.

¿Dónde, me pregunto, en nuestros cuerpos humanos encontramos que la sangre es realmente recibida, y como si fuera bebida? ¿No es allí donde un miembro del cuerpo tras otro, a través de las venas, recibe el torrente sanguíneo que se renueva continuamente desde el corazón? Cada miembro de un cuerpo sano bebe incesante y abundantemente la sangre. Así, el Espíritu de Vida en Cristo Jesús, que nos une a Él, hará que este beber de la sangre sea la acción natural de la vida interior. Cuando los judíos se quejaron de que lo que el Señor había dicho acerca de comer Su carne y beber Su sangre era “una palabra dura”, Él dijo: “El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha”. Es el Espíritu Santo quien hace que este misterio divino

sea *vida y poder* en nosotros; una verdadera experiencia viviente, en la que permanecemos en Jesús y Él en nosotros.

Por nuestra parte, debe haber una expectativa de fe tranquila, firme y firme de que esta bendición nos será otorgada . Debemos creer que todo lo que la preciosa sangre puede hacer u otorgar es realmente para nosotros.

Creemos que el Salvador mismo nos hará beber su sangre para vivir por medio del Espíritu Santo. Creamos y apropiémonos de corazón y de continuo de aquellos efectos de la sangre que entendemos mejor, es decir, sus efectos reconciliadores, purificadores y santificadores.

Podemos entonces, con la mayor certeza y alegría, decir al Señor: “Oh Señor, tu sangre es mi bebida de vida. Tú que me has lavado y purificado con esa sangre, me enseñarás cada día a comer la carne del Hijo del hombre y a beber su sangre, para que yo permanezca en Ti y Tú en mí”. Seguramente lo hará.